

EL ARTE TEXTIL ENTRE LOS NAHUAS

Por JOSEFINA FERNÁNDEZ BARRERA

El arte textil —indispensable para la indumentaria— tuvo un lugar principalísimo en la sociedad mexicana. La tradición de la manufactura textil era de las más antiguas, puesto que desde la etapa de Zacatenco, en el horizonte preclásico, se elaboraban telas con las cuales el hombre se cubría y ornamentaba al mismo tiempo.

El primor de las exquisitas telas aztecas, orgullo de propios y extraños, ha llegado hasta nosotros nada más por las referencias de los cronistas e historiadores, ya que el clima mexicano no permite la conservación de las telas, y por desgracia los escasos ejemplares que existen, no dan ni la más remota idea de lo que en verdad fueron los textiles prehispánicos de México Tenochtitlan.

Los mexicanos, más que ningún pueblo prehispánico, abusaron de los textiles, dado que, además de las telas que formaban parte del manejo, acostumbraban tener un guardarropa doble: uno con vestidos sencillos para el uso diario y otro con vestidos para ceremonias o festejos (que había muchos durante el año) que requerían mejor calidad del tejido y colores hábilmente contrastados con estilización de dibujos que los enriquecían notablemente, pues según el rango de cada individuo eran las posibilidades de mayor ornamento textil.

Huelga decir que vestidos, mantas y adornos textiles, cubrían el porcentaje más grande del material comerciable mexicana, dato fácil de comprobar en la “Matrícula de Tributos de Moctezuma”, figura 1, donde podemos ver que casi cada pueblo de los que pagaban tributo a Tenochtitlan, tenían que enviar atados de prendas de vestir o simplemente mantas, para satisfacer las necesidades de la ciudad capital.

Las prendas más usuales se hacían de algodón o *ichcatl* hilado perfectamente, teñido de colores, tan fino y bien trabajado que los conquistadores lo alababan de continuo. La calidad del algodón era tan alta, que les permitía hacer telas gruesas, delgadas o transparentes y no necesitaban de otras fibras para la manufactura de las distintas texturas esenciales para sus ropajes.

El comercio del algodón como materia prima, era de gran importancia como lo afirma Sahagún:

El que vende algodón suele tener sementeras de él y siembralo; es regatón el que lo merca de otros para tornarlo a vender; los capullos de algodón que vende son buenos, gordos, redondos y llenos de algodón.

El mejor algodón y muy estimado es el que se da en las tierras de riego; y en segundo lugar el algodón que se hace hacia oriente; también es de segundo lugar el que se da hacia el poniente; tiene (el) tercer lugar el que viene del pueblo que se llama Ueytlalpan, y el que se da hacia el septentrión; y el de postrer lugar es el que se dice *cuauhícatl*.

Y cada uno de estos géneros de algodón se vende por sí, según su valor, sin engañar a nadie; también por sí se vende el algodón amarillo, y por sí, los capullos quebrados.¹

Pero para telas de menor cuantía y para ser usadas por los miembros de niveles sociales menos encumbrados, empleaban los aztecas varias fibras vegetales como el henequén, *ichtli*, *íczotl* o palma silvestre, *quetzalichtli*, *pati* y una multiplicidad de otras fibras provenientes del maguey, que se elaboraban en una forma semejante y quienes se dedicaban a ello, debían

saber tostar las hojas del maguey y rasparlas muy bien, echar masa de maíz en ellas y lavar bien la pita, y limpiarla y sacudirla en el agua;...²

que era el proceso de maceración más conocido para dejar la fibra aislada a manera de hilo y poder tejerla.

Después se procedía a hilar tanto las fibras de maguey como algodón:

El hilador de torno, o de huso, en su oficio suele usar de torno y de huso, y sabe destejer lo viejo.

El buen hilador lo que hila va parejo, y delgado, y bien torcido y así hilado lo componen en mazorca y lo devana, haciendo ovillos y haciendo madejuelas, y al final en su oficio es perseverante y diligente...³

¹ Sahagún, Fr. Bernardino, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Edit. Porrúa. S. A., México, 1956, t. III, libro X, p. 141.

² Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. III, libro X, p. 139.

³ Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. III, libro X, p. 119.

Por último había dos clases de “hilo” mucho más fino que el propio algodón: el hilo de pluma y el hilo de pelo de conejo. Al primero lo describe Sahagún así:

La que vende plumas hiladas suele criar muchas aves de que pela las plumas, y peladas envuélvelas con greda; y pela las plumas de arriba, y las que están debajo, que son muy blandas, como algodón, y hacen todo lo siguiente; que hila pluma, hila parejo, hila tramuezos, hila mal torcido, hila bien torcido, tuerce la pluma, . . . hila con torno la pluma pelada, y la torcida; hila también la pluma de pollos, e hila también la pluma de ánsares grandes, la pluma de ánades, la pluma de ánades del Perú, la pluma de labancos y la pluma de gallinas.⁴

Clavijero es quien refiere el proceso empleado con el pelo de conejo, en esta forma:

Del mismo modo con el algodón entretejían el pelo sutil de la panza del conejo y de la liebre, después de haberlo teñido e hilado.⁵

De esta manera suplían la lana con el algodón, la seda con la pluma y el pelo de conejo, y el lino y el cáñamo con el *iczotl* o *ichtli*.

Una vez así obtenido el hilo se procedía a tejerlo para elaborar las telas. El telar prehispánico era muy semejante a los usados hoy día por los indígenas del medio rural. Figura 2. Este telar primitivo consiste en una vara donde se sujeta un haz de hilos que se acomodan paralelamente, introduciendo cada hilo en una perforación o canaladura de las muchas que tiene una vara o carrizo (que en términos textiles se llama *medida*), muy junto uno de otro. En el extremo opuesto se pone una vara similar con perforaciones y se sujeta el cabo de cada hilo; ésta sería la urdimbre o *lizos*, que además de quedar paralelos, deben permanecer tensos para facilitar el trabajo y para que el tejido sea parejo. Después con una lanzadera, se pasa un hilo horizontalmente alternando los lizos para que en esta forma se complete la *trama* de la tela.

⁴ Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. III, libro X, p. 155.

⁵ Clavijero, Fco. Javier, *Historia antigua de México*, Edit. Porrúa, S. A., 4 vols., México, 1945, t. II, p. 340.

Luego con una espina o alfiler, los tejedores mexicanos, apretaban la trama y emparejaban los hilos para que la textura de la tela fuera uniforme.

Posteriormente cambió el telar, agregando el *bastidor* y con él la *oprimidera*, palanca que se mueve con los pies, para bajar un opresor horizontal que suprime la espina con la que se apretaban los hilos.

Dominaron los aztecas en tal forma este arte, que llegaron a la sutileza de tejer en dos urdimbres, con tanta perfección que

por la parte del envés no se parecen las labores. ⁶

El propósito de ello era obtener telas de dos vistas, como se denominan actualmente.

A los textiles se dedicaban tanto hombres como mujeres. La intervención femenina se estimaba mucho por la curiosidad y paciencia que requiere el deshilado, tejido o bordado de las telas; más fácil de encontrarse en una mujer que en un hombre; sin perder de vista que en un principio, las únicas que tejían las telas para vestir a la familia, eran las amas de casa.

A medida que se fue "industrializando" el tejido, se agrandó la producción, y los hombres, con más carácter para los negocios, organizaron los "talleres" con maestros, aprendices, diseñadores y costureros, de ambos sexos.

Los costureros o "sastres" como los llama Sahagún, se dedicaban a

...cortar, proporcionar y coser bien la ropa.

El buen sastre es buen oficial, entendido, hábil y fiel en su oficio, el cual sabe muy bien coser, juntar los pedazos, repulgar y echar ribetes y hacer vestidos conforme a la proporción del cuerpo, y echar alamares y caireles; al fin hacer todo su poder por dar contento a los dueños de las ropas. ⁷

Los colorantes, indispensables en los textiles, se obtenían de minerales pulverizando las piedras, tierras o sales, que mezclados con agua producían el tinte. En otros casos los obtenían de vegetales machacando las plantas y flores para extraerles el

⁶ Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Edit. Nueva España, México, Carta Primera, p. 139.

⁷ Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. III, libro x, p. 118.

jugo de color. El único caso de pintura animal, era el color púrpura, extraído del parásito de los nopales llamado cochinilla o *nocheztlí*, que en náhuatl quiere decir "sangre de tuna", y era una de las tinturas más finas.

Al amarillo lo llamaban *xochipalli*, que significa "tintura de flores amarillas"; *matlalli* era el azul, *chiotl* el colorado blanquecino; del *uitzquiduitl*, árbol de madera colorada, obtenían el rojo con un pequeño pedazo de tronco puesto en agua, suficiente cantidad para colorear telas o pieles.

Además, comenta Sahagún:

hay un color azul claro, de color de cielo, que llaman *texotli*, y *xoxouic*; es color muy usado en las ropas que se visten, como mantas y huipiles; hácese de las mismas flores que se hace el *matlalli*.⁸

Para fijar los colores en los hilos, empleaban el alumbre, "cosa bien conocida, hay mucha en esta tierra; hay mucho trato de ella porque los tintoreros la usan mucho".⁹

Los aztecas también conocieron los colores compuestos, con los que completaban la gama de matices tan apreciada para las telas. Los colores compuestos más usados se obtenían así:

Mezclando el color amarillo que se llama *zacatlaxcalli*, con color azul claro que se llama *texotli*, y con *tzacutli*, hácese un color verde oscuro que se llama *yyapalli*; mezclando grana colorada con alumbre, que viene de Mextitlan y con *tzacutli*, se hace color morado; mezclando azul claro con amarillo, echando más parte de amarillo, se hace un color verde claro, fino.

Para hacer color leonado, toman una piedra que traen de *Tlauic*, que se llama *tecoxtli*, y muélenla y mézclanla con *tzacutli*, y hácese color leonado.¹⁰

Ya tejidas las telas, se confeccionaba con ellas el trabajo mexicano, que consistía en prendas sencillas que se enriquecían en aspecto por el hábil modo de combinar los colores y con dibujos que realzaban su belleza.

El traje masculino lo formaba un *máxtlatl* (taparrabo) que

⁸ Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. III, libro XI, p. 343.

⁹ Sahagún, Fr. Bernardino, *ibidem*.

¹⁰ Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. III, libro XI, pp. 343-344.

se fijaba a la cintura por medio de una banda o cinturón; las dos puntas extremas caían una al frente y otra atrás en forma semejante al sistema con el que se sujeta el pañal a los niños; y como complemento, una *tilmatli* (manta o capa) para cubrir el torso y parte de las piernas. En el caso de los nobles iba atada al hombro izquierdo, mientras que los plebeyos la sujetaban al frente. Soustelle comenta que:

la pieza de tela con que se cubrían (*tilmatli*) ... desplegaba... cuando la usaban los dignatarios, una riqueza extraordinaria de colores y de dibujos.¹¹

La indumentaria femenina se llamaba *tlaquémitl*, figura 3, que se integraba por la falda o *cuéitl*, el ceñidor, y la camisa o *huipilli*, de forma recta que llegaba a las caderas y muchas veces a medio muslo, con descote triangular y manga corta. La falda era un paño rectangular que cubría de la cintura al tobillo enrollando el cuerpo.

... si el corte de las blusas y de las faldas era el mismo para todas, los tejidos policromos, los diseños infinitamente diversos, el brillo de los adornos y de las plumas, hacían aparecer estas indígenas de cara y brazos bronceados, como delicadas criaturas, parecidas a los pájaros maravillosos de los países tropicales.¹²

Para ornar las telas, se embellecían con el mosaico de plumas, que consistía en atar pequeñísimos manojitos de plumas a la trama de la tela, para formar dibujos que eran verdaderas pinturas.

Además de ésta, que era la forma más elegante y apreciada de adorno, se bordaban las telas con hilos de colores o se deshilaban para poner en juego el vano y el macizo y lograr así efectos innumerables en el claroscuro.

Los textiles tenían, aparte de su cometido principal de cubrir el cuerpo humano, otros usos tales como:

1. Especie de "moneda" que los mexicanos llamaban *cuachtli* y que eran piezas de tela tejidas en un tamaño y forma convencionales, empleadas sólo para la compra de esclavos, que en

¹¹ Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956, p. 138.

¹² Soustelle, Jacques, *op. cit.*, p. 143.

general costaban veinte de estas mantas en el mercado de Azcapotzalco, principal centro comercial de esclavos en México.

2. Uso de mobiliario. Telas labradas y con mosaico de plumas, servían para completar la decoración interior de los palacios y casas de señores, como eran: ropa de cama, de comedor, cortinas, tapices y alfombras.

3. En general las telas de fibras vegetales duras, se empleaban para hacer los atados o bultos de los comerciantes y para objetos de uso corriente como tapetes, bolsas, quitasoles, etcétera.

4. Como distintivo social, ya que según la nobleza del origen, las personas encumbradas tenían permitido usar en sus trajes, lo más rico y fino de la producción textil.

A la riqueza de las telas alude Vaillant en esta forma:

En tanto que aparecen muchos dibujos geométricos en las telas aztecas, la fina encajería podía reproducir efectos curvilíneos en el dibujo, o aun modelos realistas tomados de la flora regional...

Otros procesos producían el efecto del terciopelo o del brocado, y algunas prendas de vestir aun imitaban en su textura y en su dibujo, las pieles de los animales. Juzgados desde el punto de vista visual, los dibujos de las telas aztecas no fueron inferiores, por ningún concepto, a los del famoso arte textil del Perú indígena.¹³

Los cronistas constantemente afirmaban que la gente común usaba mantas muy pintadas, y se interpretó en un principio que eran las mantas labradas de colores; pero como ya dijimos, éstas eran un distintivo de superioridad que sólo perteneciendo a las altas jerarquías sociales, podía ponerse como adorno en el vestido. Por lo tanto, los cronistas se referían efectivamente a las telas pintadas a mano que sí podían portar los plebeyos, imitando a las de los nobles; que lo mismo sucedía con las joyas, porque había las auténticas y las de "imitación".

Cada una de las prendas de vestir adquiría un nombre particular según el color, forma, ocasión de uso y linaje del

¹³ Vaillant, George C., *La civilización azteca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, p. 133.

dueño; como por ejemplo, el traje azul, que únicamente podía usar el monarca de México, se llamaba *xiuhtilmatli*.

Insignia real también era un precioso tejido de bellas plumas que le cubrían la cabeza, espalda y cintura, que se llamaba *cuachictli*.

Si las tilmatli cambiaban de color, asimismo cambiaba el nombre: *xochipallitilmatli*, era una capa amarilla; *xiuhcuéitl* era una falda azul, etcétera. Por esta razón Seler describe cincuenta y siete tilmatlis e infinidad de *máxtlatl* y *cuéitl*; prendas que siendo generales, adquirían singularidad, dadas las circunstancias.

La indumentaria en cada grupo social estaba reglamentada en proporción directa con su riqueza. El vestido prehispánico era sencillo como ya se dijo, pero lo complicaron con ornamentos preciosos, que agregaban según se ascendía en jerarquía. Esto facilitaba el reconocimiento rápido de la categoría de las personas, y por consiguiente poder adaptar el trato respectivo a que se hacían merecedoras. Era tan notorio como esto:

De estos (sacerdotes) de esta Nueva España se dice, que vestían de algodón unas mantas largas, y sencillas, sin poder usar otra ropa . . .

Sobre estas vetaduras dichas, vestían los Días de Fiesta, y particulares otras, a manera de sobrepellices, o roquetes, en especial el sacerdote maior, con la cual vestidura (como vestido de pontifical) entrava a la expedición de los sacrificios.¹⁴

Eran los miembros del estamento superior, monarca, guerreros, sacerdotes, nobles y embajadores, los que disfrutaban del ornamento textil en todo su esplendor y mayor lujo; usaban mosaico de plumas en todas sus prendas de vestir y hacían poner a sus telas adornos de oro y piedras preciosas.

Del estamento intermedio, los comerciantes, formando una "burocracia", podían labrar las telas que usaban, empleando el mosaico de plumas sólo en las capas o mantas, y a los artesanos, así como a los grupos del estamento inferior, hasta los esclavos, les estaba prohibido el labrado de las telas; y no sólo eso, sino que en muchas ocasiones se veían obligados por su situación económica a confeccionarlas con telas de las fibras vegetales duras que ya mencionamos.

¹⁴ Torquemada, Fr. Juan de, *Monarquía indiana*, Edit. Chávez Hayhoe, 3 vols., México, 1943, t. II, p. 217.

Indiscutiblemente, la clase social cuyos miembros eran los más lujosos en conjunto, era la guerrera, que introdujo en Tenochtitlan el uso de una prenda de vestir más, que sólo ellos podían portar: los “uniformes” militares de las órdenes de los “Tigres”, “Aguilas”, “Coyotes” y “Serpientes”. Figura 4.

Estos uniformes iban perfectamente ajustados al cuerpo, con mangas y piernas y en su totalidad la tela estaba cubierta de mosaico de plumas. Llevaban además yelmos con la representación de las cabezas de dichos animales, configurados con telas y mosaico de plumas también.

La policromía de las telas de las clases privilegiadas, harto se ha ensalzado ya; pero lo que más llamaba la atención de la indumentaria textil, eran las fabulosas capas o *tilmatli*, figura 5, en las que se esmeraban los tejedores, llenando de orgullo a los que tenían la fortuna de poder portarlas. Eran de un magnífico colorido brillante, exquisitamente bellas y de deslumbrante riqueza. Sahagún habla de una de ellas en estos términos:

Usaban los señores una manera de mantar muy ricas que se llamaban *coaxayacayo tilmatli*; era toda la manta leonada y tenía la una cara de monstruo, o de diablo, dentro de un círculo plateado en un campo colorado, estaba toda ella llena de estos círculos y caras, y tenía una franja toda alrededor; de la parte de adentro tenía una labor de unas eses, contrapuestas en unos campos cuadrados, y de estos campos unos van ocupados y otros vacíos; de la parte de afuera esta franja tenía unas esférulas macizas no muy juntas. Estas mantas usaban los señores y dábanlas por librea a las personas notables y señaladas en la guerra.¹⁵

“*El Códice Magliabechi* reproduce numerosos ‘modelos’ de *tilmatli* decoradas con motivos en los que la más exuberante fantasía se mezcla con un estilo digno y mesurado. Soles, caracoles, adornos, peces, formas geométricas abstractas, cactus, plumas, pieles de tigres y de serpientes, conejos, mariposas, son los motivos que aparecen representados con más frecuencia.”¹⁶

Las mantas y trajes eran también motivo de rumbosidad y agasajo en las clases elevadas: en los festejos más destacados como bodas, nacimientos, presentación de alumnos en el *Tel-*

¹⁵ Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. II, libro VIII, p. 295.

¹⁶ Soustelle, Jacques, *op. cit.*, p. 139.

pochcalli ("seminarios" y escuela del barrio) se obsequiaban a los invitados ricas mantas y vestidos para hacer patente el desprendimiento de los anfitriones, que en esta forma agradecían la asistencia al festejo.

En las ceremonias fúnebres, las mantas engalanadas tenían un papel muy importante, no para agasajar, sino para honrar a los difuntos, ya que el bulto mortuario se hacía a base de dichas telas. Estas exequias junto con la incineración, únicamente podían hacerse al monarca y a guerreros de los más altos grados.

Pero estas galas textiles a propósito se hacían desaparecer en la ceremonia del Fuego Nuevo, que se hacía cada cincuenta y dos años, llamada

Toxihmolpilia, que quiere decir: La atadura de nuestros Años, . . . con que el Tiempo corre, y va haciendo su curso, distribuido en Días, Semanas y Meses . . . Y en esta Fiesta sacaban Fuego Nuevo. . . en un cerro (y) renovaban . . . todas las cosas de su servicio.¹⁷

El día de la Ceremonia del Fuego Nuevo, que marcaba el inicio del naciente "siglo" prehispánico, todo debía ser nuevo en las casas, en joyas y en vestuario.

De la dicha manera hecha la lumbre nueva, luego los vecinos de cada pueblo, de cada casa, renovaban sus alhajas, y los hombres y mujeres se vestían de vestidos nuevos y ponían en el suelo nuevos petates, de manera que todas las cosas que eran menester en casa, eran nuevas, en señal del año nuevo que comenzaba.¹⁸

La demanda de vestidos y mantas en esos días de preparación del festejo, era motivo de gran actividad en los talleres y telares, que competían amistosamente por ganar fama y prestigio entre las personas acomodadas, que podrían en un futuro no muy lejano remunerar los trabajos textiles con largueza, con tal de lucir los mejores ropajes de México.

¹⁷ Torquemada, Fr. Juan de, *op. cit.*, t. II, p. 293.

¹⁸ Sahagún, Fr. Bernardino, *op. cit.*, t. II, libro VII, p. 273.

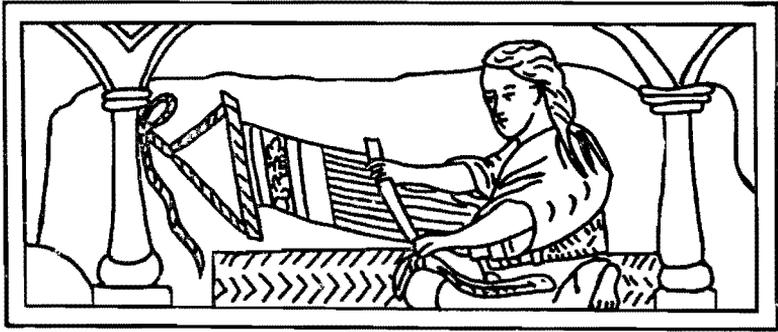


Figura 2. Telar Prehispánico. *Códice Florentino*, lámina LXXV, Figura 3



Figura 3. Indumentaria femenina. *Códice Florentino*, lámina III, Figura 10



Figura 4. Indumentaria militar. *Primeros Memoriales de Sahy-gûn*, capítulo IV, l. 73r.



Figura 1. Mantas y trajes guerreros. *Matricula de Tributos*, p. 28

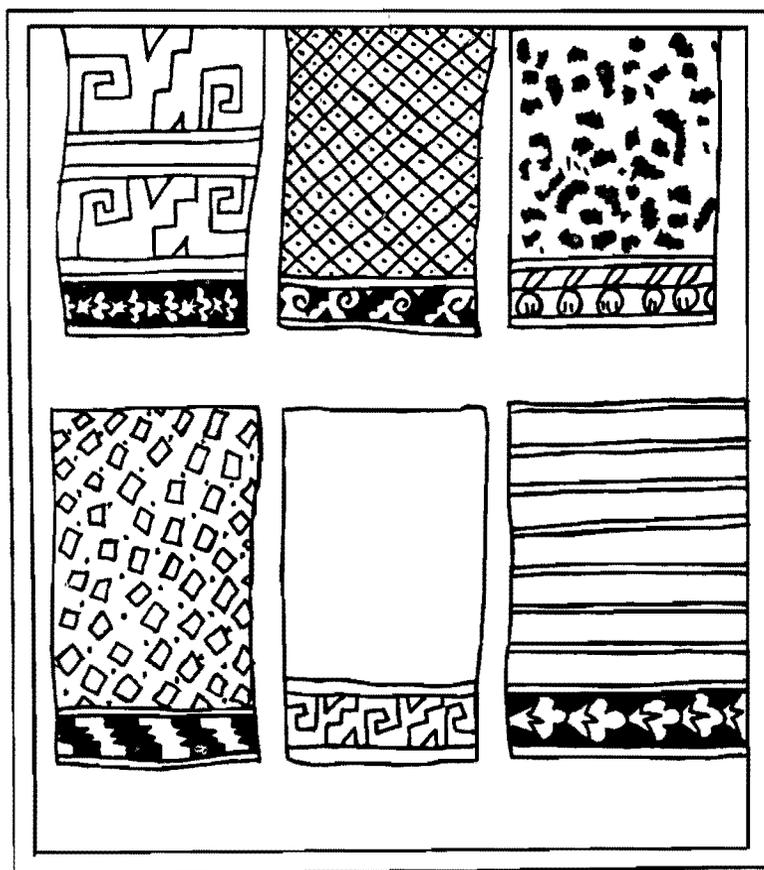


Figura 5. Labores de mantas o *ilmalli*. *Código Florentino*,
lámina XLIX. Figura 73.